

NARRATIVA DEL CENTRO TOLUQUEÑO DE ESCRITORES

En 1998 se llevó a cabo el Primer Certamen Estatal de Literatura del Centro Toluqueño de Escritores, CTE, cuyo resultado fue reconocer los libros propuestos por autores residentes u originarios de los municipios de Acolman, Naucalpan, Nezahualcóyotl, Tlalnepantla, Toluca y Zinacantepec, como pudo saberse cuando se abrieron sus respectivas plicas de identidad –de 1983 hasta ahora, los concursos del CTE se han caracterizado siempre por el requisito del anonimato, es decir, se participa con un seudónimo, rigurosamente. Esta promoción marcó un giro en la vida del Centro, pues si en un principio tuvo un enfoque municipal –abarcaba sólo la capital mexiquense y sus comunidades rurales–, más tarde se abrió regionalmente a escritores del Valle de Toluca, y por último, al cumplir sus primeros quince años de existencia, la convocatoria estuvo dirigida a autores de todo el Estado de México. El saldo es el que citamos, la recepción de libros de distintas regiones de la entidad.

Con motivo de su décimo aniversario, en 1993 el CTE organizó un Premio Nacional de Cuento y Crónica, pero fue en 1998 cuando registró una transformación trascendente, por dejar atrás la posición de becarios que antes se otorgaba a los ganadores del concurso anual.

En 1998, se trató de un certamen, de un premio literario, para escritores. Ya no se habló tanto de beca, como de premio. Quizá sea una cuestión de matiz, que citamos para subrayar que el concurso del CTE constituye una oportunidad de competencia y no un mero atisbo de autores principiantes –aun cuando lo normal es que haya cumplido una

función como plataforma de lanzamiento para numerosos creadores, que vieron reforzada su vocación al ser apoyados por este organismo dependiente del Ayuntamiento de Toluca. Esto se demostró en 1999, cuando obtuvieron el premio escritores mexiquenses que ya contaban con obra previa, y que en más de un caso, han recibido reconocimientos nacionales en la rama de poesía, por ejemplo.

En cuanto a cifras, referirnos al CTE es hablar de 68 libros aparecidos entre 1984 y 1999 –más los cuatro del reciente concurso, que saldrán a la luz pública en el año 2000–, que aparentemente no son demasiados, pero terminan por ubicarlo como una de las instituciones editoriales de mayor consistencia en el Estado de México, a pesar de inevitables altiba-

jos y limitaciones presupuestales, entre otros efectos derivados de su condición como organismo *sui generis*, pues pertenece a un gobierno municipal, pero ha gozado de cierto nivel de autonomía en sus decisiones –aun con deficiencias, su reglamento ubica a la asamblea de becarios como su máxima autoridad–; su desarrollo o los obstáculos que ha enfrentado, se han dado en el marco de los cambios en la relación estado-creadores de la última década.

El CTE ha sobrevivido muchos avatares, y su existencia empieza a entrar en un debate, no porque se la ponga en duda, sino por la necesidad de romper inercias y conferirle un estatuto no sólo de mayor rigor institucional, sino de erigirlo como organismo de la sociedad. Claro está, el análisis de este tema requiere de otro momento y espacio, pero la urgencia de una mayor proyección del trabajo del Centro se ha convertido en una necesidad que no puede eludirse, ni para las autoridades municipales ni para los trabajadores de la cultura, ni para la misma sociedad mexicana.

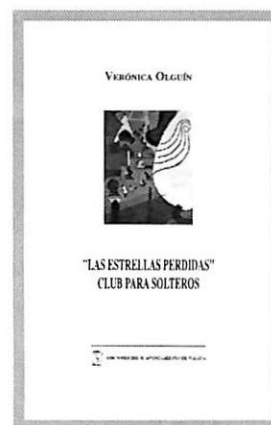
Por ahora, es menester referirse a dos de los siete libros producto del Certamen Estatal de Literatura 1998, aunque hayan tardado prácticamente un año en ser editados, por lo que su difusión apenas se inicia.

Son obras seleccionadas dentro del género narrativo –ese año se premiaron, además, obras de ensayo, poesía y dramaturgia–, y se entroncan en esa línea de ma-

yor competencia de la que hablábamos. Está, primeramente, la novela *“Las estrellas perdidas” Club para solteros*, de Verónica Olguín, y en seguida, *Orillas del asfalto*, libro de cuentos de Eduardo Villegas.

El libro de Verónica Olguín llama la atención por la voz que lo domina. No es el propósito introducir una discusión sobre literatura “masculina” o “femenina”, o “feminista”, si se quiere, sino de palpar una propuesta narrativa que, con claridad, sólo puede provenir de la visión de una mujer, de un entorno íntimo, cuyos bordes se van dibujando en el tránsito de la gran ciudad.

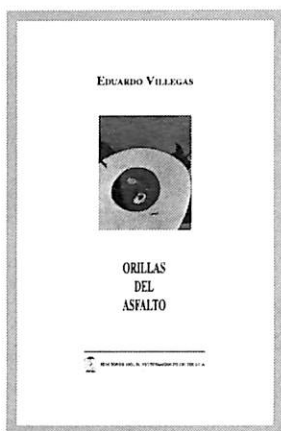
Ese sería otro detalle propicio, tal vez, para un análisis de sociología literaria: la ubicación de la historia en la capital del país. Habría que entenderlo dentro del fenómeno de la migración, no con un dejo estadístico, sino como un rasgo común a millares de personas que, provenientes de otras entidades federativas –de manera señalada la capital del país–, hacen su vida en el Estado de México, y de vez en vez tornan a reflexionar sobre asuntos de identidad. El que la acción de *“Las estrellas perdidas” Club para solteros* se ubique en el D.F., no es sino un signo del permanente intercambio que se da en la zona centro del país, entre realidades de toda índole, separadas o similares, hasta desvanecer conceptos inasibles como el de una supuesta provincia contrapuesta a la capital. Aunque lo que importa



para esta novela es que el ambiente funcione para los propósitos de la historia que se va contando. Y así ocurre.

Verónica Olguín nació en el D.F. en 1972, aunque, como se indica en la contraportada del libro, estudió Letras Latinoamericanas en la Universidad Autónoma del Estado de México. Su novela, apoyada en versos de José Gorostiza a modo de epígrafes de cada capítulo, recrea los mundillos de personajes femeninos, enfrentados a las imposibilidades de la pareja contemporánea. Desencuentros, relaciones desenfadas o incompletas, la broma macabra de proponer la posibilidad de un “Club para solteros” a manera de paliativo ante la extendida soledad de los individuos.

Alcanza su mayor pericia en la exposición de las relaciones entre mujeres, cotidianas, desinhibidas, tan profundas o superficiales como pueden manejarse por parte de quienes poseen un código también, o sobre todo, íntimo. Voz femenina o, para evitar prejuicios, voz personal, alrededor de la cual se va armando parte de la historia de estos días.



En el caso de Eduardo Villegas y sus cuentos de *Orillas del asfalto*, podríamos remitirnos a lo “nezense” como estereotipo, pero en términos de contraste, partiendo de que ese mismo gentilicio, “nezense”, surgió como rasgo de identidad de quienes hacen la vida en esa parte del oriente del Estado de México, y con un claro dejo de orgullo más una connotación de pertenencia.

Nezahualcóyotl es, en el país, un ejemplo claro de la tendencia a privilegiar el lugar común. Se suele decir que es el municipio más poblado del país, lo cual es inexacto, como también lo es decir que es el de mayor marginación. La realidad de Nezahualcóyotl, afortunadamente, supera los clichés y los estereotipos. Es mucho más rica y compleja.

Sin embargo, privan las visiones parciales, sobre todo desde fuera y normalmente con dejo peyorativo, las cuales no reconocen que Nezahualcóyotl tiene una intensa vida interna y una permanente relación con ambientes más allá de sus fronteras. Se trata de imágenes u opiniones demasiado simplificadas acerca de un conglomerado humano.

Hablar de Nezahualcóyotl suele convertirse en una feria de prejuicios, a partir de los cuales sólo se ve a ese lugar como una plancha permanente de asfalto y de casas de tabicón, llena de periodistas, policías y de chavos banda por doquier. Calles sin pavimentar, ambiente gris, salpicado por ciudades perdidas o, en el mejor de los casos, dormitorio de inmigrantes que buscan en la vecina capital el sustento.

Eduardo Villegas, con legitimidad de conocedor, afina no el estereotipo, sino una visión legítima y

auténtica de la realidad de Nezahualcóyotl, de un modo análogo a las crónicas urbanas de Emiliano Pérez Cruz, que han reconstruido, dentro de la mejor tradición de la literatura mexicana, la transformación y los recuerdos de una zona hecha a base de inmigración.

Ciertamente, los temas de Eduardo Villegas remiten a policías venales, adolescentes banda, vidas callejeras, ámbitos donde la violencia sienta sus reales como método habitual para sobrevivir en la jungla humana. Pero va más allá. Se regodea en páginas de notable picaresca actualizada, y efectúa exactas disecciones de lacras sociales —para variar, policías en la picota—, o propone lienzos sobre los que se deslizan, combinadas, la idiotez y el aislamiento.

Construye caminos, rutas urbanas, vías sesgadas, destinos aparentemente hechos. Del hoyo fonqui a la colonia marginada. De la esquina del barrio, con todo y banda alrededor de las caguamas de rigor, a la fábrica de obreros expuestos a ser expoliados por los delincuentes en patrulla. De la madre abnegada al hijo con destino decidido por su origen. De la joven violada a la niña que extravía miradas.

Así expuestos, los temas remitirán acaso al estereotipo que mencionábamos, el de la visión parcial y simplista que se tiene sobre Nezahualcóyotl. No hay tal. Sí una intención de reflejar realidades, reconstruirlas, desde la autenticidad del lenguaje. Tal hace Eduardo Villegas en sus cuentos.

Se trata de textos muy distintos, la novela de Verónica Olguín y las narraciones de Eduardo Villegas, pero hacen patente un producto concreto de la continuidad del trabajo, del proyecto del Centro Toluqueño de Escritores, con sus voces dispares, el reflejo de visiones con las que se irá completando el testimonio —y la imaginación— de las cosas que han sucedido en estos años. LC

“Las estrellas perdidas” Club para solteros, Verónica Olguín, Ediciones del H. Ayuntamiento de Toluca, Toluca, 1999, 80 pp.

Orillas del asfalto, Eduardo Villegas, Ediciones del H. Ayuntamiento de Toluca, Toluca, 1999, 92 pp.